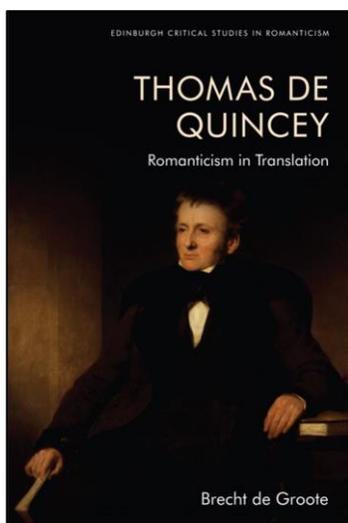

SOBRE *THOMAS DE QUINCEY. ROMANTICISM IN TRANSLATION*, DE BRECHT DE GROOTE

Jerónimo Ledesma
Universidad de Buenos Aires
jledesma@uba.ar



∞

Thomas De Quincey. Romanticism in Translation, de Brecht de Groote; Edimburgo: Edinburgh University Press, 2021; 203 pp.; ISBN: 978-1-4744-8389-6.

Thomas De Quincey. Romanticism in Translation, de Brecht de Groote (Profesor Adjunto del Departamento de Traducción, Interpretación y Comunicación de la Universiteit Gent en Bélgica) se propone dos objetivos: releer la poética de quinceana bajo el paradigma de la traducción y resituar la problemática de la traducción en los estudios del romanticismo. Mientras que este segundo objetivo es ante todo una apuesta a futuro, una línea programática más grande para nuevas investigaciones que se sumen a las suyas, el primer objetivo resulta alcanzado con creces en el libro, hasta tal punto que sus proposiciones parecen emerger de los textos analizados sin esfuerzo, como si hubieran estado esperando allí a ser reveladas.



En efecto, la escritura de De Quincey es impensable sin referencia a la traducción. De Quincey fue un erudito que se jactaba de sus precoces dotes de helenista (en *Confessions of an English Opium-Eater* memorablemente sostiene deber sus tempranas habilidades a la costumbre de traducir los periódicos al griego) y un pionero traductor del alemán para la prensa periódica inglesa del siglo XIX (tradujo a Kant, Jean-Paul, Schiller, Lessing, entre otros autores renombrados, para *Westmorland Gazette*, *London Magazine* y *Blackwood's Magazine*). Pero la traducción, además, se constituyó en una de las claves conceptuales de su pensamiento. Ciertas figuras célebres, como el Espectro del Brocken o el Intérprete Oscuro, al igual que episodios archiconocidos, como el encuentro con el malayo en *Confessions*, involucran, no casualmente, perplejidades ontológicas afines a las de la traducción: porque los problemas de la identidad personal, la mimesis, la ficción, los dilemas conceptuales de la reproducción y la autoría, que adquieren en De Quincey a veces el estatuto de un misterio metafísico, se corresponden con sus ideas y prácticas sobre la traducción, como si formaran parte de un mismo campo de problemas.

Nunca hasta ahora se había investigado sistemáticamente este tema. Esta omisión tiene sus razones probables, como sostiene de Groote, en los mismos presupuestos del campo romántico, que han tendido a invisibilizar los mecanismos y las mediaciones con que se comunican las ideas internacionalmente. El acierto de De Groote es justamente haber investigado este tema crucial en De Quincey, haberlo ordenado en una exposición a la vez informada y provocativa —que revisa toda la obra del autor— y haberlo hecho combinando perspectivas de los estudios de traducción con el estado del arte en la erudición de quinceana y romántica. Como efecto de este trabajo, su libro convierte a la traducción en un espacio histórico-conceptual y teórico-práctico bien definido, y uno que habría permitido nada menos que la emergencia de una de las grandes escrituras del siglo XIX. “La traducción,” leemos en la página 10, “suministró a De Quincey un conjunto de estructuras a través de las cuales buscó resolver una serie de dilemas a la vez fundacionales y disruptivos para su identidad como escritor y pensador”.

La hipótesis general del libro es que, reconociendo el dilema central de la traducción, De Quincey elaboró con él una fórmula propicia para negociar su identidad autoral y que trasladó esa fórmula a otros campos de saber. Ahora, ¿cuál es ese dilema central de la traducción? De Groote lo define como “el abismo insalvable que se abre entre la imitación y la creación” (10). La traducción genera un segundo texto que se postula idéntico a otro, pero que ya difiere de él por el solo hecho de cambiar la lengua y el contexto. Esta es la paradoja de la mimesis que atraviesa la traducción y que se vuelve más aguda en el período romántico, cuando la originalidad creadora se instituye en un valor estético. Imitación y creación se presentan, pues, como una dicotomía fundamental que la traducción reúne, encarna y hace posible, pero siempre como paradoja, sin resolverla o superarla. Es como si la traducción habitara la paradoja y se definiera a partir de sus términos. De Quincey habría elaborado su fórmula productiva a partir de esa paradoja como una secuencia de dos movimientos solidarios: la identificación de una dicotomía (como la que opone imitación y creación) y su reconfiguración en una estructura de intercambio quiásmico, que opera como el *tertium quid*. Y esta fórmula articularía también su identidad de escritor como traductor e intérprete.

Sobre esta hipótesis general, la monografía se organiza en cuatro grandes capítulos con una introducción y una coda de corte teórico-metodológico. Los capítulos recorren una secuencia didáctica, que busca narrar de qué modo De Quincey primero definió esta fórmula del *tertium quid* como salida estratégica a su situación personal y profesional y cómo luego la fue reconfigurando en relación con los distintos problemas, disciplinas y contextos en que operó.

El primer capítulo, “Wrote this: authorship, translatorship”, vuelve sobre la conocida historia de los inicios lakistas de su carrera, como admirador de Wordsworth, doble de Coleridge y adversario de Carlyle. Eso que Margaret Russett ha llamado la posición “menor” de De Quincey respecto de Wordsworth y que se liga con el sentimiento recurrente de venir después (de ser discípulo, segundo, parasitario, derivado) y con la preferencia por la prosa y la crítica como modos principales de escritura, proporciona un primer contexto en el cual el dilema de la traducción se perfila como un discurso preexistente que se ajusta a la situación personal del escritor. La pregunta que De Quincey buscaría resolver en este momento sería: ¿qué modo de escritura podría producir un esquema de compensaciones mutuas entre la primacía y la condición secundaria, entre lo mayor y lo menor? Desde luego, la traducción sería ese modo, en tanto “sus estructuras pueden fundamentar una voz, un estilo y una filosofía” (47). Revisar este momento de la carrera de De Quincey desde el ángulo de la traducción, le permite a de Groote reordenar las piezas disponibles por la erudición previa y hacer ver cómo la dirección de *Westmorland Gazette* (1818-1819), la escritura de *Confessions* (1821) y las primeras traducciones y ensayos para *London Magazine* en la década de 1820, lejos de ser acontecimientos heterogéneos, integran una línea coherente de construcción de la identidad autoral. Asimismo, posibilita una revisión de las estrategias de competencia y legitimación que asume De Quincey en la escena del temprano germanismo inglés, en su disputa con Coleridge sobre la traducción del trascendentalismo y en su crítica de Carlyle como traductor de Goethe (como es sabido, De Quincey embistió duramente contra Goethe y sobre todo contra el traductor del *Wilhelm Meister*).

El segundo capítulo, “How to Write in English: The Transnationalism of a National Style”, por un lado, retoma la cuestión de la “prosa apasionada” —el modo de prosa poética que De Quincey reclamó como invención propia— desde un ángulo más preciso que el habitual: la poesía en prosa de quinceana se recorta adecuadamente como una de las reconfiguraciones de oposiciones dicotómicas en un modo tercero capaz de incluir los dos términos en pugna. En este punto, la política de estilo —que de Groote rastrea detalladamente, estudiando los conceptos, modelos y posiciones respecto del estilo en De Quincey— actuaría con la fórmula del tercero tomada del dilema de la traducción. Esta conexión traducción-estilo es una de las grandes transferencias que interesan al libro. Por otro lado, el capítulo aborda un asunto sumamente relevante y no tan estudiado por la bibliografía: la pregunta sobre qué significa escribir en inglés en el contexto internacional del romanticismo. Para hacerlo estudia el corpus de quinceana que trata de la competencia cultural entre naciones, centralmente entre Inglaterra, Francia y Alemania,¹ que ha sido considerado habitualmente en el marco del imperialismo. Ciertamente, De Quincey no concibe la traducción como contraria a la construcción de un idioma y un estilo nacionales, sino al revés. Las naciones que no practican el intercambio cultural, que no se comparan con otras, y que no se transforman por esa comparación, están condenadas a la enfermedad y el envejecimiento. La traducción es caracterizada en De Quincey, por eso mismo, como un instrumento de salud para Inglaterra. Siguiendo el modelo romano, hay que traducir lo mejor de otras naciones para revitalizar la lengua y la cultura propias. De Groote estudia pormenorizadamente las metáforas de intercambio que emplea De Quincey, desde las más económicas en la *Gazette* a las biológicas del injerto y la inoculación en ensayos tempranos como el dedicado a Richter. Analiza, asimismo, la

¹ En De Quincey, *La farsa de los cielos* (Paradiso, 2016), incluimos dos ensayos de ese corpus, “Modales de Francia e Inglaterra” y “Sobre el estado actual de la lengua inglesa”.

política concreta de traducción, que nunca consiste en la traducción literal, sino en la adaptación del material extranjero al circuito de recepción nacional. Ciertamente, estos puntos, que reconfiguran la dicotomía nacional/cosmopolita, son de interés no solo para dequinceanistas, romanticistas y traductólogos, sino también para quienes tienen interés en la historia lingüística y en las relaciones entre la nación y el idioma en general. En este capítulo, a su vez, encontramos una sugerente comparación con las ideas de Hölderlin sobre asimilar la lengua extranjera para revitalizar la propia. Hölderlin es uno de los autores del período romántico que más se han estudiado en referencia con la traducción, por lo que una comparación entre Hölderlin y De Quincey es un avance interesante respecto del objetivo de resituar la problemática de la traducción en los estudios del romanticismo.

El tercer capítulo, “Translating (against) Kant: A Translator’s Idealism”, recorta la cuestión específica de las traducciones dequinceanas de Kant y las vinculadas con el filósofo de Königsberg. En ese contexto, de Groote revisa los notables cambios de posición que produjo De Quincey respecto de Kant en poco tiempo y, específicamente, el *rifacimento* —así llamaba De Quincey a la versión libre de un texto en otra lengua— “Last Days of Immanuel Kant” (1827). La relectura de este ensayo traducido de fuentes alemanas (E. A. Wasianski, sobre todo) a la luz de los problemas de la traducción y la autoría es un gran aporte del libro que contribuye a despejar controversias irresueltas de la bibliografía. El análisis de “Last Days”, donde estudia cómo la traducción ofrece una versión del texto alemán sutilmente adaptada a una audiencia inglesa poco metafísica, le proporciona a de Groote un eslabón fundamental para sostener que la idea de traducción en De Quincey opera como una variante teórico-práctica del idealismo postkantiano. Dicho de otra manera, De Quincey, un importador crítico de Kant, encontraría en la filosofía de la traducción una respuesta a los efectos deletéreos del criticismo. Esta maniobra puede resultar problemática para quienes se dedican al estudio de la filosofía en el ámbito cerrado de su disciplina, ya que suelen juzgar como estético aquello que no se resuelve en el campo semántico o como no filosófico lo que no produce una exposición sistemática. Sin embargo, creo que esta maniobra audaz es sustantiva para abordar más adecuadamente la recepción y circulación del idealismo. Ante la brecha dicotómica establecida por el kantismo entre nómeno y fenómeno, sostiene de Groote, la filosofía dequinceana de la traducción sería una respuesta idealista de otro tipo, “un idealismo que se acerca más a desarrollos muy posteriores de la teoría literaria que a los herederos filosóficos inmediatos de Kant”. Si Kant produjo una crisis en el pensamiento con su filosofía (crisis que “Last Days” muestra mal resuelta por la propia vida del filósofo), De Quincey propondría su reparación apelando a “una vida vivida *entre*: entre la autoría y la traducción, la poesía y la prosa, la creación y la imitación; en resumen, entre la filosofía y la literatura” (118).

El cuarto capítulo, “The Ghost of Cutler’s stocking: A Translator’s idealism”, puede leerse como un capítulo de convergencia. Allí se estudia el ingenioso caso de *Walladmor* (1824), la “pseudo-traducción” de un texto inexistente de Walter Scott hecha en Alemania por Willibald Alexis (seudónimo de Georg Wilhelm Heinrich Häring), que luego De Quincey reseñó y tradujo para Inglaterra, y que invitó a retraducir de nuevo al alemán. Este caso, con sus respectivos paratextos y reseñas, genera una trama potencialmente infinita de apócrifos y versiones libres que derriba en términos conceptuales toda pretensión de separación entre original y copia. El *hoax* y sus derivas forman para de Groote un episodio donde puede leerse una apuesta por la escenificación del posicionamiento filosófico ante la traducción en la práctica misma. La serie de retraducciones recursivas emerge como una forma discursiva que mantiene y suspende las

dicotomías: “Al complicar los límites entre creación primaria y derivada, significado y materia, objeto y sujeto [...] el texto traducido orquesta una fusión momentánea de las categorías tan estrictamente vigiladas por Kant, situando un intervalo lúcido de pensamiento indiviso en la pausa infinitesimal que marca la transición fugaz de un extremo a otro” (169). De Quincey utiliza una conocida paradoja en Inglaterra para ilustrar el caso, la paradoja de las medias de Cutler, que es una variante de la paradoja del barco de Teseo. Cutler tenía unas medias de seda, que su criada fue reparando con hilos de lana a medida que se rompían, de modo que, al cabo de tres años, era imposible saber si seguían siendo las mismas medias. En este capítulo todos los argumentos y posiciones de quienes integran la trama (Scott, Alexis, De Quincey, los críticos) son repasados para mostrar que no se trata de un mero divertimento sino de un episodio central de la escritura romántica, que pone en su centro la traducción como programa.

El libro concluye con una “Coda” que busca proyectar la teoría de De Quincey en un plano más general acerca del estatuto de la traducción. Para ello esquematiza dos posiciones contrapuestas y conocidas sobre la “tarea del traductor” y la paradoja a la que se enfrenta este sujeto productor, las de Benjamin y Paul de Man. Y recurre a una tercera, la de Wolfgang Iser, afín a la de De Quincey, para sugerir una salida posible al dilema. En la relectura de De Groote, Benjamin ata la tarea del traductor al proyecto de liberar en la lengua de llegada la lengua del original que el traductor anhela, un proyecto que, de realizarse, produciría un “lenguaje puro”, la utopía del significado universal, el significado en todas las lenguas, en que fondo y forma se unifican. De Man niega el aspecto utópico de la tarea que mueve al traductor y focaliza en el efecto de extrañamiento que traducir genera en la lengua propia, tras el cual solo queda la imposibilidad del “lenguaje puro” y la evidencia de una materialidad fragmentada. La posición de Iser es invocada justamente como una tercera opción, que coincide en cierto sentido con la teoría de De Quincey. Es una posición que se afirma en una idea particular sobre la función de la traducción en la cultura moderna: “una traducción moderna debe comprometerse a establecer un discurso cuya arquitectura esté diseñada para replicar la realidad en la que pretende insertarse: un ‘discurso transcultural’, como dice Iser; un estilo de pensamiento que no debe equipararse a ninguna cultura o lengua, sino que se mantiene en una condición dinámica basada en ‘un reflejo mutuo de culturas’” (186-5).

Como nuestro propio trabajo sobre el “hombrecito amapola” (“Little Poppyman”, le dijo Sarah Coleridge a De Quincey),² el libro de Brecht de Groote se afirma sobre la inmensa actividad revisionista que tuvo su epicentro en las últimas dos décadas del siglo veinte y cuyo ápice fue la edición colectiva de la obra de De Quincey, con dirección de Grevel Lindop, entre 2000 y 2003. Durante los últimos veinte años, quienes investigamos académicamente al autor inglés tuvimos la suerte de partir de un estado de la cuestión marcado por estos transformadores acontecimientos críticos y editoriales. Dialogamos con los aportes, entre otros, de Maniquis, Leask, Barrel, Clej, Rzepka, McDonagh, Russett y Morrison, los cuales a su vez se tramaron con las múltiples revisiones teóricas y metodológicas del campo romántico, y pudimos incorporar los materiales que se editaron por primera vez con Lindop. Uno de los aspectos destacables del libro de De Groote es, justamente, el estratégico uso que hace de todos estos aportes para producir este De Quincey traductor y teórico de la traducción. Ciertamente, se podría discutir la causalidad que

² “X. Y. Z. La literatura entre De Quincey y Borges”, tesis doctoral de Jerónimo Ledesma (2019), publicada en el repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/11014>.

supone en su diseño (esa que va del dilema de la traducción a las otras reconfiguraciones) y preguntarse si la traducción no es más que uno de los fenómenos que se adecua a esta poética de escritura, que tiene otras diversas causas. También se pueden discutir algunas interpretaciones puntuales del volumen, como las referidas al idealismo. Pero sin dudas, sea como sea, el libro de De Groote logra incorporar de forma potente a la erudición de quinceana y a la agenda romántica el tema fundamental de la traducción, a la vez que deriva de este trabajo una política propia sobre el lugar de la función de la traducción en la modernidad.